

Ernesto Jorge Loholaberry

Redención

B612 Ediciones

Loholaberry, Ernesto Jorge
Redención. - 1a ed. - Buenos Aires : B612 Ediciones, 2009.
252 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-25465-0-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

ISBN 978-987-25465-0-2

© Ernesto Jorge Loholaberry
© B612 Ediciones
www.B612ediciones.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

IMPRESO EN ARGENTINA

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102, Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.
Noviembre de 2009.

*A la memoria de mi padre, Ernesto
a mi madre, Lia
a mi esposa y compañera, Silvia
y a mis hijos, Gabriela y Christian:
mis razones de ser.*

A MANERA DE PRÓLOGO

Desde el 410 d. C. en que el rey Alarico comienza con el saqueo durante seis días y seis noches, de la ciudad que otrora fuera cuna del imperio más grande de la antigüedad: ¡ROMA!, se inicia para ésta, una larga y oscura etapa de decadencia. Sufre luego los saqueos de los godos de Teodorico, hijo ilegítimo de Alarico, plagas de pestes y hambrunas que diezman a la población y a la administración civil, la que durante un largo periodo de la historia, había sido el contralor de todo el mundo hasta entonces conocido. Finalmente, con Rómulo Augústulo en el 476, cae el imperio Romano de Occidente, los longobardos, tribu de origen germánico, conquistan el norte de Italia y llegan hasta las puertas de la ciudad. También hunos, normandos, húngaros y francos, aprovechan la situación y se lanzan a la conquista de nuevos territorios. El grueso de la población se concentra en las colinas, especialmente, en El Laterano. Los palacios y residencias, otrora magníficos, son pronto abandonados a su suerte enseñoreándose pronto, el fango y la peste en aquellos lugares. Se inician batallas dogmáticas entre el Imperio Romano de Oriente: Bizancio y el papado de Roma en torno a la naturaleza del Cristo, se lucha para contrarrestar el poder de la aristocracia y los antipapas. Solo preocupa proteger a toda costa los intereses de la iglesia, sus posesiones y su dogma.

El camino de la existencia humana está sembrado de preguntas, de incógnitas, que generación tras generación, no encuentran respuesta. Sin embargo, la peor de las respuestas es para aquellos que no comparten la ortodoxia de su doctrina: los herejes. A ellos les dan ¡hoguera!

Así se llega a estos oscuros siglos, al decir de numerosos historiadores, quizás, consecuencia de la caída del imperio más grande de la historia y el surgimiento de nuevas fuerzas, representadas por las numerosas tribus, otrora bárbaras, quizás, donde a todas las formas de las miserias humanas, se suma la

REDENCIÓN

escasez de logros que hubieran contribuido al enriquecimiento del pensamiento de la época.

En ese tiempo transcurre esta novela en la que su protagonista, Lucius, un humilde sacerdote, sufre ante la pérdida de seres que amaba profundamente, una crisis de fe que lo sumerge en un viaje que termina siendo su laberinto.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

*“Todos ustedes que están llegando a la sed de agua.”
(Isaías)*

Aquella fría mañana, al sur del túsculum, donde la campiña romana finaliza en las primeras estribaciones de las volcánicas colinas Albanas, próximas a los lagos Albano y Neni, que con sus quietas y casi congeladas aguas, un cielo pintado de negros nubarrones y un silencio, tan solo interrumpido a ratos por el graznido de alguna urraca quejosa, preanunciaban ya, la llegada del crudo invierno del año 639 de la era de nuestro Señor.

En las inmediaciones del frondoso bosque circundante, encontrábase un leñador que, con rítmicos y pausados movimientos de brazos y caderas, la emprendía no sin cierta habilidad, una y otra vez, contra el robusto roble al que, cual hambrienta fiera, le había comido más de la mitad de sus entrañas. De pronto, aquel rítmico sonido de los hachazos, fue interrumpido por un sordo sonido que a medida que se aproximaba, hacía trepidar el suelo. Pronto aquel, tuvo respuesta para el hachero, cuando a lo lejos, pudo divisar a un grupo de jinetes que en ordenada formación, raudo, se aproximaban a él provenientes del *locum* donde tenía su villa. Parsimoniosamente, enderezó su cuerpo depositando la pesada hacha contra el semiderruido tronco, cruzó los brazos sobre su pecho y con atención, se dispuso a esperar a la formación permitiendo el gesto, apreciar en un todo la figura del hachero. Se trataba de un hombre de mediana edad quizás de unos cuarenta años, de talla elevada comparada con la media, su torso, semidescubierto, pese al inclemente clima, indicaban a una persona que a lo largo de los años había puesto especial énfasis en tareas que requerían destreza física y vida en contacto con la naturaleza, cubría su cuerpo con una chaqueta sin mangas de piel de oveja tomada a la cintura con un grueso cinturón de cuero

del cual colgaba un morral de igual material. Sus piernas estaban enfundadas en unas ajustadas calzas de lana rústica y calzaba altas botas de cuero ajado, tenía la piel morena y curtida, sus cabellos eran rizado y sus ojos negros tenían un mirar amable, todo su aspecto indicaban el de una persona de origen meridional.

Ya próxima a él, pudo observar, no sin cierto asombro, que la formación estaba compuesta por numerosos jinetes con un portaestandarte de la guardia tagmata¹ al servicio del pontífice.

La banda, se detuvo a escasa distancia del leñador y el jinete que aparentaba estar al mando se adelantó lentamente con su brioso corcel, y una vez frente a este, preguntó en impecable latín:

—¿Tú eres Lucius? —El hachero, sin abandonar su postura, aún con el gesto de sorpresa pintado en el rostro, respondió con un ligero titubeo:

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Stavros, soy el comandante a cargo de esta formación y vengo de Roma, para entregaros un documento. —acto seguido, extrajo de su morral, un pergamino con el precintado del Palacio Laterano,² que le entregó al leñador agregando:

—Tengo órdenes de aguardar el tiempo que resulte pertinente, para luego, escoltaros a Roma. El robusto leñador, aún sin haber salido de su sorpresa inicial, observó entonces que la banda, estaba integrada por diez jinetes fuertemente equipados como caballería y conducían un *essedum*,³ tirado por dos fuertes animales de hermosa estampa debidamente equipado con sus arreos.

En ese instante, calculó que la distancia que éstos habían recorrido desde el Laterano hasta el lugar, les habría insumido un par de jornadas ó más, habida cuenta del calamitoso estado de los caminos, de las condiciones climáticas y los frecuentes riesgos de enfrentamientos con rebeldes góticos, no cabía duda entonces, que cualquiera fuera el contenido de aquel mensaje, este era importante y debía ser conducido a Roma, sin dilación.

Lentamente, emprendió el regreso hacia la villa próxima, a la que se llegaba por un cuidadoso camino impregnado del aroma de los pinos y cipreses que lo bordeaban, acto seguido, dirigiéndose al comandante, le pidió que tanto él, como su tropa le acompañaran en aquella dirección.

1. En el imperio romano de Oriente los tagmatas eran tropas de élite bizantinas, junto con los excalibures y otros ejércitos se desempeñaron como guardia del emperador.

2. O San Juan de Letran, fue el antiguo palacio de los laterani, le fue dado por Gregorio el grande —Gregorio magno— en el siglo VII y puesto bajo la protección de San Juan Bautista, fue sede papal hasta la construcción final de San Pedro. Es una de las cuatro basílicas romanas junto con Santa María la mayor, San Pablo extramuros y San Pietro interior y exterior.

3. Lujoso carruaje de dos ruedas, tirado por dos caballos de guerra utilizado en la Britannia y adoptado, por lujo y conveniencia, por los romanos posteriormente.

La vivienda, de considerables dimensiones, estaba construida con el típico y sobrio diseño de las viejas construcciones rurales romanas, las que podían aún hallarse a lo largo y ancho de la campiña italiana, aún conservadas desde los tiempos del imperio. Se trataba de una construcción de simetría axial, con un “fauces” (pasillo) en columnado que permitía el acceso al “Atrium” (patio interior) a cielo abierto en el que se encontraba el “impluvium” (estanque central que permitía recoger el agua de lluvia) una serie de “cubiculum” (habitaciones) con un “tablinum” (zona de recepción y de trabajo), luego, continuaba con un “triclinium” (comedor) y al fondo, la “culina” (cocina) con vista al “hortum” (jardín y huerta en el fondo) ya en su interior, podía apreciarse que un enorme ventanal en el “tablinum”, permitía tener una hermosa visión ribereña del lago cercano y el bosque circundante, en el costado derecho de la casona, podía observarse una construcción amplia la cual, seguramente, hacía las veces de caballeriza, depósito de vituallas varias y maestranza, coronando la construcción, un sólido techo de troncos y a cierta distancia de la casa principal, un conjunto de viviendas de menor tamaño, servían de albergue a los servidores de la villa.

Pronto, el ajeteo de las mujeres mayores asistidas por las más jóvenes y la proximidad del crepúsculo, indicaban a las claras la cercanía de la hora octava, la hora de la *cenae*, todo ello animado por el bullicio de los gritos y el corretear de los niños del lugar.

Mientras los jinetes recién llegados al lugar, desmontaban de sus cabalgaduras y lenta y ordenadamente llevaban a las bestias a abrevar, el leñador, antes de ingresar a la casona, llamó con un imperceptible gesto de su mano a una mujer de aspecto mayor que se hallaba próxima a él, quien, una vez a su lado, recibió la orden de asistir a la tropa recién llegada, lo que fue acatado de inmediato por aquella con un leve movimiento afirmativo de cabeza luego, dirigiéndose prestamente camino a la cocina, comenzó a impartir órdenes a diestra y siniestra a varios servidores para que la asistieran en la tarea, a continuación el hachero se dirigió a la habitación del amplio ventanal con vista al lago y una vez dentro, se sentó sobre un rústico sillón, uno de los escasos muebles con que contaba la estancia por demás, de sobrias características ya que por todo amoblamiento, tenía un par de sillones similares al que este acababa de ocupar, un tablinum de trabajo junto a uno de sus muros y sobre ella, una lámpara de hierro de gran tamaño que en ese momento irradiaba escasa luz... junto a ésta una silla y en las paredes restantes, con excepción de una en donde colgaba una inmensa cruz finamente terminada y un tapiz de fino adamascado, anaqueles atiborrado de tablillas, rollos y códices, en un ángulo de la pared, la del ventanal, un hogar con una pequeña leñera, calefaccionaba el ambiente.

Por un instante, permaneció mirando el pergamino sellado, como si pretendiera adivinar su contenido, finalmente, con decisión, rompió el sello que lo protegía, y comenzó su lectura con el ceño fruncido:

Basílica San Giovanni in laterano 21 de noviembre del 639 del año del Señor

Querido Lucius:

Creo imaginar, lo desconcertante que te resulta la presente misiva y, supongo también, que numerosos recuerdos aflorarán a tu memoria a partir de este instante, pero te necesito con presteza, aquí, a mi lado, en Roma. ¡Es de suma importancia! Toma para la marcha lo imprescindible. La escolta integrada por hombres valerosos de la Guardia Pontificia te escoltará con seguridad, recibe la bendición de nuestro Señor.

Quien siempre te ama

Isidro

No se equivocaba el autor del mensaje en sus sospechas, ya que una sucesión de recuerdos afloraron a la mente de Lucius aumentando su estado de confusión y desazón a la vez.

Al poner sus pensamientos en retrospectiva, poco a poco, estos lo fueron llevando a su primera infancia, junto a su madre: aquella bellísima morena nacida en suelo africano, de larga cabellera negra que solo en la intimidad del hogar soltaba, como lo marcaba la más pura tradición y, mientras entonaba dulces canciones, los cepillaba durante horas en aquellos lentos atardeceres color rubí, imposibles de describir. Imposibles de describir so pena de pecar contra la obra del Hacedor.

Poco a poco, comenzó a revivir su niñez dentro de la ciudadela amurallada de Leptis Magna⁴ en tiempo del bajo imperio romano africano, controlada entonces por un Exarca Bizantino. Recordó cuando, en compañía de su amigo algo mayor que él, Heraclio, para quien Nuestro Señor, había reservado un destino de grandeza y junto a ellos, otros pequeños prolongaban esos atardeceres dentro de sus murallas, correteando por la larga avenida columnada que conducía al puerto ó por la plaza porticada del Forum Novum Severianum (que años después, comprobaría que se igualaba en esplendor a la de la gran Urbe) o por las escalinatas de la Gens Severianum, ó ya estudiando con su viejo Gramaticus⁵ un

4. Una de las tres urbes del territorio de la Tripolitania, lugar de nacimiento del emperador de origen africano Septimio Severo quien llegó a darle tal lujo que se la conoció como “la ciudad del sueño de un emperador”, finalmente a fines del siglo VII cayó en manos de los musulmanes.

5. Era el maestro o profesor equivalente a la segunda enseñanza.

griego cristiano llamado Theófilos que, a fuerza de severo dogma, les inculcaba conocimientos en el latín clásico, oratoria y retórica que les permitió conocer a Virgilio, Salustio y Terencio; mientras luchaba con denuedo por quitarles ese espantoso acento africano ya que, según él, estábamos destinados a cumplir algún día importantes cargos en la gran Urbe (con algunos ciertamente no se equivocó el viejo y querido maestro. En cuanto a mí, bueno, sí, muy importante fue mi destino, ya que me puse al servicio del hombre más importante de la historia de la humanidad) o ya, trasponiendo sus murallas, mientras recordaba que, en los últimos tiempos, pocas veces los moradores de la ciudad podían hacerlo y, cuando ello era posible, en contadas oportunidades, lo hacían fuertemente escoltados por la guardia de caballería de la cohorte allí asentada y en arracimados grupos pues, los ataques de los bárbaros bereberes eran cada vez más frecuentes y violentos aunque no todos practicaban violentas razias, pues muchos de estos zenatas, estaban romanizados a punto tal que practicaban matrimonios mixtos entre ellos e italianos, eran buenos cultivadores de olivares y viñedos, excelentes agricultores e incluso, el emperador romano Septimio Severo reconocía tal origen. De esta manera, podían incursionar hasta el faro, en largos paseos por las blancas arenas de la costa... e imaginar desde la orilla africana del Mare Nostrum, la lejana costa italiana, esas costas que en su niñez, eran fantásticamente imaginadas más allá de la línea del horizonte.

Recordaba cuando embarcaba con su madre y sus sirvientes, en el trirreme que hacía la carrera rumbo a Sicilia, la quintaesencia de todas las culturas del mediterráneo, y arribaban al puerto de Messina con sus aguas bañadas de mitología... así permanecía con la vista fija, siempre pensando en romper esa línea imaginaria y ver tierra, luego, se iniciaban esos prolongados viajes en caravana protegidos por fuerte escolta hasta llegar a la gran urbe, o a la villa familiar en el Túsulum mientras en cada campamento que se instalaba al atardecer y levantaba al amanecer, volaba su imaginación dispuesta a vivir mil experiencias obra de la magia de los niños. Mas pronto, una experiencia mágica en su joven vida en Leptis Magna, marcaría para siempre su futuro conectándolo profundamente con el autor de la misiva: misiva que hoy lo arrastraba a este divagar.

En aquella ciudad africana, acompañando a su madre, como habitualmente lo hacía, a la Basílica que en tiempo de imperio se llamada Severiana, y más tarde consagrada como “De la Madre de Dios” y cuya magnificencia, se debía a una de las tantas celosas obras del Emperador Septimio Severo, amante hijo de esa tierra, sintió un día, ante tan magna obra, el llamado que en aquella instancia, dado su corta edad, no alcanzó a comprender en su total magnitud.

La bella Basílica, estaba construida con un hemicíclo flanqueado por celdas que desiguales entre sí, pretendían absorber las irregularidades del terreno. Su interior contaba con ábsides⁶ que prescindían de las columnas divisorias y convertían a la misma en monumentales nichos. Dos ábsides de columnas superpuestas, dividían el ámbito basilical en tres naves: la central, más alta que las laterales provistas de ventanas similares al trifonio,⁷ los ábsides, repetían en dos hileras de nichos superpuestos salvo en el centro, donde el nicho único flanqueado por dos columnas que llegaban hasta la cornisa, señalaba el lugar preferente y el eje longitudinal de la construcción, todas las columnas de las naves y los ábsides tenían fustes de granito de Assuan.

Su color rojo, contribuía a acentuar la unidad entre el rectángulo del cuerpo y los semicírculos de sus cabeceras en el paso de aquel a éstas. Se alzaban pilastras de mármol decorados con roleos entrelazados y poblados de figuras mitológicas todo ello obra de los escultores de afrodísia que venían de los tiempos paganos al igual que el Ninfeo que con dos pisos de hornacinas para estatuas revestidos de mármol donde predominaban el verde del cipollino y el rojo del granito egipcio dábanle a la imagen, la idea de un colosal escenario teatral que se alzaba en la confluencia de la avenida porticada del puerto con la calle de las termas de Adriano.

Un día, como quizá cualquier otro, sintió la necesidad de brindarse en cuerpo y espíritu a la obra del Señor. Sin embargo, siempre lo acompañó una sensación de desasosiego, de vacío interior que no pudo ser llenado por la fe, el que luego aumentó con la pérdida de su madre, y le acompañó aún, cuando tiempo después llegó a Roma y cuando de Roma volvió a Leptis Magna, siempre de pérdida, siempre la pregunta sin respuesta o respondida con evasivas: su padre ¿dónde estaba? ¿Quién era su padre?

Su divagar, pronto se vio interrumpido cuando a la estancia ingresó su vieja servidora Justiniana quien, portando un candil, procedió a encender otros que se hallaban adosados a los muros, a la mesa de escritura, y al hogar ya casi apagado, por la falta de nuevos leños, que frecuentemente olvidaba agregar. Recién allí, se percató de la llegada de la noche, sintió escalofríos; un estado nostálgico que creía alejado de su espíritu y guardado celosamente bajo siete llaves en su memoria, nuevamente se apoderó de él.

La vieja Justiniana luego de encender los candiles y alimentar el hogar, le informó que el comandante de la guardia (a quien involuntariamente había apartado de su mente ensimismado como estaba en sus recuerdos) deseaba

6. Parte de la iglesia situada en la cabecera, puede ser semicircular o poligonal, suele estar cubierta por algún tipo de bóveda.

7. Nave lateral de una basílica o catedral.

hablarle, el leñador asintió con un gesto de cabeza indicándole le hiciere pasar. El hombre que ingresó a la habitación, era el mismo que llevó la voz cantante cuando a su arribo, le entregó el mensaje sellado, era un joven de talla mediana que lucía correcta apostura al igual que su uniforme pese al trajín del viaje. Recordóle que su nombre era Stavros, y en perfecto latín, no sin cierto acento que sonó bizantino, le informó que dado la hora, resultaba contraproducente partir entonces para Roma. Luego, explayándose, le aclaró que el peligro en los caminos había aumentado en los últimos tiempos considerablemente por la existencia de grupos de bárbaros ostrogodos, sin descartar también, a los fieros lombardos, que si bien estaban más al norte incursionaban también por el sur en busca de botín y por tales razones, temiendo por su seguridad, aconsejaba partir al amanecer, el leñador asintió al considerar prudente partir con las primeras luces del alba, aun cuando esto, era más una expresión de deseo que una realidad ya que, en la región y a esta altura del año, amanecía muy tarde, le aconsejó al soldado que dispusiera de los animales y descansaran ya que contaba con hombres seguros en el lugar pues, no solo eran labriegos, sino que muchos de ellos, habían prestado servicio como soldados en el norte de África.

El rostro de Stavros se distendió en una sonrisa lo que acentuó mucho más su juventud, mucho más que su aspecto cuando arribó al lugar.

—Excelente idea, Señor, de esa manera podremos con las primeras luces del alba llegar a la vía Latina⁸ y al atardecer, descansar seguramente en tres “tabernae”, en la segunda jornada estaréis en el Palacio Laterano. Lucius le dio las gracias por el cuidadoso plan de ruta y lo invitó a retirarse a descansar junto a sus hombres. Solo el reingreso al lugar de Justiniana portando una fuente con algunas viandas, y el consabido consejo de que no dejara de comer como solía ocurrir cuando se ensimismaba en sus recuerdos, lo apartó de ellos aunque solo fue por un momento, pues pronto regresó a ellos.

“Dos mujeres habían pesado fuertemente en su existencia una, lo condujo a la fe, la otra, casi lo apartó de ella. ¿Estaba arrepentido? ¡No!

Su madre Constancia, con serena dulzura lo fortaleció en la fe, esa que era alimentada cada mañana en la basílica De la Madre de Dios, mientras el viejo Teófilos lo enriqueció con su tolerancia en el dogma cristiano y la filosofía de los grandes maestros y padres de la Iglesia llevándolo al “Credes ut intelliges... intelligas ut credas” (creer para comprender... entender para creer).

Años después, abandonado el terruño africano, empujados por la crueldad de los vándalos quienes, abandonada la Hispania encontraron suelo apto para sus tropelías en aquel rincón africano y junto a los bereberes, ver destruir la

8. Salía de Roma por la Porta Latina y se extendía hasta Capua, ya Anibal en el 211 a. C. transitó por ella.

obra de cientos de años de la Roma occidental y, aunque menor, pero no por ello menos valioso, el de la Basilea Romaion⁹ que poco a poco, vio debilitada sus thematas.¹⁰

Aquella visión de la barbarie, le ayudaba a fortalecer su fe, ingresó al seminario y se nutrió con las enseñanzas de la Santa Iglesia apostólica de Roma. Y también, gracias a su maestro de la pubertad, practicó entre sus discípulos la oratoria polémica convirtiéndose poco a poco, en un atleta del dogma. O creía haberlo sido, porque años después, cuando bastantes camino a oriente hubo hecho, como castillos en las nubes, sintió a esta desvanecerse apoderándose poco a poco de su corazón, un enorme abismo... ya no estaba ni su madre, ni Theofilos, tampoco aquellos viejos maestros del seminario...

Pero sí una presencia que, a fuego marcó sus debilidades, al menos aquellas, de las que creía estar libre: ¡Hippólita...! ¡Ay, Hippólita!, mas un día, con la misma intensidad con la que había llegado, cual un tifón, la causa desapareció de manera trágica, dolorosa, sintió que se quebraba para siempre en mil pedazos con la impotencia de ver, cual si tuviere una fiebre maligna, cómo era arrastrado día a día, momento a momento, por sus garras execrables. Con esa misma intensidad, tambaleó su fe.

¿Había encontrado un bálsamo para el alma en la vieja villa familiar alejado de todo, rodeado de almas puras y simples? ¿Lo habría encontrado agotando sus energías durante largas jornadas nevadas, o en aquellos veranos calientes? o aún le esperaba un largo camino de penurias para al cabo del mismo, lograr su redención? No, aún no tenía respuesta.

Un fuerte calambre en la pierna derecha y un pinchazo en la cintura, lo quitó de sus sueños entre dolido y sobresaltado percatándose de que se había quedado dormido en el mismo sillón donde comiera algo la noche anterior mientras leía el mensaje. En ese instante, Justiniana, acompañada por el fiel Helicardo, un gigantón y coloradote galo cristianizado, (quien seguramente acompañaba a la vieja servidora en aquellas frías noches invernales del Lacio) prácticamente le “asaetearon” presurosos, para llevarle a la tina, vestirle y luego desayunar cual si fuera un chiquillo.

Mientras, el gigantón avivaba el fuego con leños de roble que aromatizaban el lugar se sintió invadido por una sensación de zozobra ¿Por qué le citaba su Eminencia, Isidro? Y una profunda desazón lo envolvió ¿volvería pronto a su tierra, a su refugio?, hacía ya mucho tiempo, desde la dispensa, que no había vuelto a pisar Roma. Y tampoco quería hacerlo aún en esta oportunidad.

9. Forma de denominar al Imperio Bizantino de Oriente o Imperio Romano Bizantino.

10. Emplazamientos bizantinos; una suerte de ciudades amuralladas.

Los amaneceres de invierno en esa región, no se ven, se imaginan: la luz pugna por salir de entre las espesas nubes de plomo, empeñada en desigual lucha, un manto blanco grisáceo cubre la visión de los alrededores, tornando harto dificultosa la subsistencia de los lugareños, quienes, con los ojos puestos en el Altísimo, confían en la llegada de la primavera precedida de aromas y colores y en esa promesa, resulta más tolerable el inclemente.

Al salir de la casona, listo para la marcha, encontró un espectáculo que si bien no le era desconocido, casi lo había olvidado dado el prolongado tiempo que había permanecido en la villa sin ausentarme no más de unas pocas millas por los alrededores del lugar, en largas caminatas o para la provisión de leña a su gente, que además de ayudarlo a mitigar recuerdos dolorosos del pasado reciente, era el humilde servicio que prestaba a su gente del locum, quienes ese día, se hallaban todos reunidos sin excepción; todos sus servidores, incluso los pequeños que de tan arropados que estaban no dejaban ver sus rostros, estaban allí, a poco metros. Como guardia imperial lista a rendir honores, se hallaba a poca distancia la comitiva del comandante Stavros con el carruaje presto para la partida.

Con su habitual aire de sumisión, el gigantón Helicardo, se aproximó al leñador y le pidió en nombre de todos los presentes que les diera misa; el leñador sintió que no podía negarse a ello y miró a Stavros quién asintió con un ligero movimiento de cabeza. Se dirigió, seguido en silenciosa marcha, a la humilde capilla, que se hallaba detrás de la casa principal y que había construido, con sus propias manos y la ayuda de los hombres de la villa, años atrás en advocación a la Madre de Dios, en memoria de su Madre y de la iglesia de Leptis Magna. En el lugar, todo se hallaba preparado para la misma: una adecuada iluminación y Justiniana a un costado, con el alba, el cingullo y la sobrepelliz¹¹ para dar inicio al sagrado oficio.

Próximo ya a finalizar el oficio, Lucius giró su cuerpo para impartir la bendición a los allí congregados y, en ese momento, sintió flaquear sus fuerzas, oscuros pensamientos cruzaron por su mente; pensamientos que lo ubicaban lejos de la paz que después de largos años creía haber encontrado en ese lugar rodeado de su gente. Tuvo la sensación de una visión y una voz interior que le decía que ese viaje tal vez no tendría retorno, que ese viaje solo tenía pasaje de ida, que ese viaje marcaría para siempre su existencia. Que tal vez, ese viaje... era su redención.

Vestido con muceta de terciopelo negro, capa para la lluvia y cubierta su cabeza con sombrero alado, Lucius abordó el carruaje con la escolta ya presta a partir, en ningún momento tuvo el valor para girar su cabeza, mas no por ello,

11. Distintas prendas utilizadas por los sacerdotes para dar la misa.

dejó de imaginar a los jóvenes, viejos y niños, arropados con el rostro húmedo que en sollozante silencio le despedían. Stavros quien se hallaba a la cabeza de la escolta, hizo girar su animal y aproximándose le preguntó si se hallaba listo para la partida, Lucius asintió y a una orden del soldado, la columna se puso en marcha.

Llevaba la formación apenas una hora de marcha, cuando tomó el recodo de la primera colina que lo aproximaría a la vía latina, desde allí y como solía hacer cada tanto Lucius en los tiempos en que podía salir a cabalgar –algo que en los últimos años había tenido que restringir como consecuencia de la inseguridad que se había adueñado de la región debido a las turbulentas hordas de bandoleros, lombardos y ostrogodos, que al mando de rufianes, muchos de los cuales, alguna vez habían formado parte de las fuerzas regulares del imperio y hoy, como la peste, acosaban a Italia diseminados como un tumor maligno por el cuerpo enfermo del imperio desgastado– se detenía para admirar la vista maravillosa de la villa con sus construcciones aledañas que conformaban el *locum*. Le pidió a Stavros detenerse solo un momento. Éste consintió y, de pronto, tuvo una visión (no la real que la cruda estación le permitía ver) sino aquella la que la primavera y el verano le mostraba los sembradíos de intenso verdor, animales mansamente pastando y largos atardeceres que disfrutaba largamente, sobre todo, cuando su gente volvía de las tareas rurales y una febril actividad comenzaba con el ajeteo de las matronas para preparar el alimento nocturno. Sí, esos paisajes, esa paz, esa gente le había ayudado a mitigar el dolor de la pérdida de Hippólita, su madre, y por qué no, de su desfalleciente fe.

Pronto sus recuerdos se vieron interrumpidos por un sordo galope, presta la guardia de Stavros, se puso en alerta colocándose en formación para repeler cualquier posible agresión y fue entonces cuando vieron aproximarse al galope a un jinete en quien Lucius reconoció de inmediato al gigante Helicardo.

Agitado, por el duro galopar y con su rostro transpirado pese a la exigua temperatura, desmontó aproximándose con paso inseguro al carruaje donde iba Lucius y, sin mediar palabras (convengamos que el lenguaje del galo era muy limitado a punto tal que mezclaba su lengua bárbara con el latín y solo Lucius y Justiniana podían entenderle y eso, luego de años de denodados esfuerzos) se quitó la gorra de abrigo que mostró una larga cabellera de un intenso tono rojizo y, a través de la ventana del carruaje, entregó a su amo un pequeño objeto amorosamente envuelto mientras musitaba la palabra “Justiniana”. El pobre gigante estaba quebrado y así lo entendió Lucius quien no pudo evitar descender del carro y abrazarle fuertemente.

Tras varias horas de marcha, y luego de recuperarse del sopor provocado por la ajetreada marcha y los sacudones provocados por la destruida ruta basáltica, que fuera alguna vez el orgullo de Marco Cornelio Catego y más tarde de sus continuadores en la prolongación de ésta, observó Lucius que el comandante Stavros, hacía girar su animal y retrocedía de la formación hasta colocarse junto a su puerta, luego de saludarle, con un movimiento de cabeza le informó que de no presentarse ningún inconveniente, estarían poco después de la duodécima¹² a la vista de los montes Laziali y Lepini donde harían noche en la “*tabernae de fregellanum*”. Imprevistamente, sus palabras fueron interrumpidas por un sordo sonido en el que se mezclaban gritos, ruidos de cascos y el piafar de animales... que interrumpieron la marcha de la hasta entonces tranquila caravana. Lucius se asomó por la ventana izquierda del carruaje para alcanzar a ver cómo a la distancia, una horda de bestias sanguinarias, surgían como por arte de magia de los pantanos Pontinos, en instantes, la sorpresa dio paso al temor ante la forma intempestiva en que se desencadenaron los acontecimientos. Una sonora y cortante orden impartida por Stavros, detuvo totalmente la marcha colocando prestamente a la escolta en perfecto círculo en torno al carruaje, seguidamente, la tropa, con la ejecución de solo tres movimientos, se colocaron los *sármatas*¹³, calzaron el “*scutum*” de 0, 90 cm x 1, 10 cm con igual insignia que el estandarte y al movimiento del joven comandante levantando sobre su cabeza la “*spatha bastarda*”¹⁴, sus hombres colocaron en ristre sus “*spiculum*”¹⁵ la proximidad de la sanguinaria horda era precedida por un fuerte olor a muerte, solo interrumpido en nuestra formación por el piafar de las bestias y el agitado sonido de la respiración de los hombres: la diferencia a, simple bulto, de los atacante no dejaba lugar a duda sobre la inferioridad numérica de los valientes hombres del Palacio Laterano.

Lucius descendió del carruaje por el lado contrario a la de los atacantes recibiendo de inmediato una breve mirada recriminatoria por parte de Stavros, mas haciendo caso omiso del gesto, que Lucius interpretó más como un gesto de desesperación, o quizás, de frustración al sentir que probablemente no podría protegerle, impartió la bendición y comenzó a orar.

No bien comenzada la oración, un nuevo y sordo sonido se hizo audible pero esta vez, proveniente de la dirección opuesta a la horda. Stavros impartió la orden de mantener la posición a toda costa y haciendo girar de lado su

12. En el horario de invierno del calendario juliano, hora que iba aproximadamente de las 16 a las 17.

13. Yelmos que se comenzaron a utilizar en los últimos tiempos del bajo imperio romano.

14. “*Spatha*” arma blanca originada a partir del “*gladius*” (espada corta) que alcanzó su hoja hasta un metro. Fue muy usada por la caballería bizantina. En igual período sustituyó al “*gladius*”.

15. Ídem, sustituyó al “*pilum*” que era más corta. Esta jabalina de 1, 90 m tenía una cabeza de hierro y punta de flecha.

caballo, pudo observar que raudamente en dirección a ellos avanzaba en perfecta formación una unidad de clibanarios tracios con lanzas, espadas y arqueros¹⁶ de inmediato, al son de las trompas, se inició la carga de estos contra los vándalos quienes, azorados detuvieron la carga y quedaron paralizados ante la imprevista aparición, un grito de alegría brotó de las gargantas de la pequeña tropa pontificia a la que Lucius, no pudo dejar de imitar.

Un increíble espectáculo bélico, nunca antes por él visto, se presentó ante sus ojos. La tropa, que rápidamente avanzaba sobre los vándalos dando sordos gritos que helaban la sangre aún más, que el frío clima imperante, se colocó en perfecta formación sincronizada en tres filas perfectamente separadas entre sí como para permitir el retroceso de la primera luego de una primer carga y permitir la carga de la segunda línea quien a su vez repetiría igual movimiento con respecto a la tercera, luego, la primera línea al retroceder volvía a avanzar por los flancos asfixiando al contrincante, ...pocas horas duró el combate donde predominaron los gritos y gemidos de los heridos, el entrecocar del metal de las armas y el relincho de las bestias, finalmente, y por un instante, dominó la escena un silencio absoluto como si todo el espectáculo se hubiere trasladado a otra dimensión, a otro tiempo, la fuerza que comandaba Stavros, se movilizó lentamente cambiando la posición de las armas de defensivas, al descaso, mientras del lado de las fuerzas clibanenses se acercaba un pequeño grupo en formación y con estandarte.

Un joven de no más de veinticinco años desmontó ágilmente de su montura y, entregando las riendas a un ayudante, se aproximó al grupo de Lucius. Era de talla elevada y en lo poco que podía apreciarse debajo del sármata, tenía piel morena con una incipiente barba que sombreaba su rostro, cubría el torso con una cota de malla y gruesas calzas con calzado cerrado en cuero; al llegar a nosotros, cruzó su brazo sobre el pecho presentándose como Basilio con el grado de Moirarca¹⁷ informándonos que su Moira se hallaba bajo la bandera Capuana del Conde Nicéforos, hallándose su thema¹⁸ acantonada en Capua, y que tenía como misión, desplazarse con su caballería ligera a lo largo de la vía latina para reprimir a los grupos vandálicos que asolaban la región tal como el

16. Tropas pertenecientes al imperio romano bizantino usaban cascos spangenhelm y pequeños escudos cubrían su cuerpo con cota de malla.

17. En la organización militar bizantina, el Moirarca era un oficial subalterno a cargo de una Moira, las Moiras se agrupaban bajo una bandera, si bien no hay cifras exactas, la integraban un promedio de trescientos hombres, estaban bajo las órdenes de un Conde quien a su vez tenía su fuerte o acantonamiento en las Themata (llamadas "Kleisuras") en zonas fronterizas o conflictivas solían llevar el nombre alusivo de la región. Aquí el autor crea una en Capua y la llama Capuana.

18. Antes Kleisuras, fuertes bizantinos que solían estar designados con el nombre de la región.

que habíamos visto. Luego de una pausa, al ser interrumpido por un "stratiotas"¹⁹ e impartirle una orden, continuó diciendo que nos venía observando desde hacía varias horas y que al ser advertido por observadores de su tropa, que en las proximidades, en dirección a los pantanos Pontinos había presencia hostil, inició la marcha forzada hacia nosotros agregando con una sonrisa distendida que como podíamos observar, su Moira estaba bien "engrasada", a continuación, nos advirtió que, como la noche caía sobre nosotros cual un manto gigantesco, impidiéndonos una marcha segura, con los vándalos que eran buenos en las emboscadas nocturnas pues no temían siquiera enfrentarse a unidades bien pertrechadas, su tropa acamparía en las proximidades por lo que nos invitaba a colocar nuestro equipo a buen resguardo y hacer noche en el lugar. La marcha podría emprenderse al amanecer comprometiéndose a escoltarnos parte del camino en la medida que no recibiera contraorden.

Me hallaba, algo más distendido, junto a Stavros comentando la accidentada jornada sin dejar de agradecerle el celo y la valentía puesta por él y sus hombres. El joven comandante solo me contestó que era su deber. La llegada de un stratiotas, para entregarnos un mensaje de Basilio, interrumpió la charla. Procedí a su lectura y dirigiéndome a Stavros le informé que el Moirarca nos invitaba a cenar. Stavros asintió con un gesto de cabeza, por lo que, dirigiéndome al mensajero, le pedí que transmitiera a su superior que aceptábamos gustosos la invitación.

La actividad nocturna en el campamento, tenía la intensidad propia de la de una tropa de caballería, fogatas por doquier, con grupos de soldados a su alrededor comiendo sus viandas al rescoldo de los crepitantes leños, guardias apostados en los puntos estratégicos y voces de mando impartiendo continuas órdenes. A la distancia, se oía el piafar de los animales en corrales improvisados a ese efecto; daban marco al lugar mientras el frío calaba hasta los huesos.

La tienda de Basilio era de cuero encerado y tenía importantes dimensiones conforme cuadraba a su rango. Al ingresar, luego de abrimos el paso los centinelas apostados frente a ella, encontramos a un Basilio sonriente, que con presteza se adelantó a recibirnos, a sus espaldas, una mesa improvisada con un impecable mantel que no alcanzaba a cubrir totalmente su superficie, exhibía generosas fuentes de alimentos que nos sorprendieron gratamente pues habíamos perdido ya la cuenta de la última vez que nuestros estómagos habían recibido algún alimento decente y los recibidos, solo alcanzaban a paliar el largo viaje. Un perrillo de carnero en el centro, era el menú principal de la noche, pequeños

19. Soldado bizantino.

cuencos que contenían garum²⁰ para aderezar el pernil, varios puls²¹, generosas porciones de queso de velabro y morentun mezclado con ajo, perejil, ruda y cilantro con un buen aceite de oliva griego para la entrada, una fuente con frutas frescas y secas y miel... todo regado con un buen vino passum.²²

Luego de acomodarnos, Basilio, quien resultó ser un finísimo anfitrión, nos atendió personalmente (“para poder conversar más íntimamente”, nos dijo). La velada transcurrió en un amable clima de distensión que por un momento, aventó el sinsabor que me producía este, accidentado viaje. Basilio se exployó permitiéndonos conocer más de su persona: era hijo de un Doméstico Excubitore,²³ de nombre Gorgias, y su madre, de origen noble, había fallecido al dar a luz al tercer hijo de la familia, de los cuales, él y un hermano mayor, tuvieron vocación por la carrera militar, y el tercero, el menor, había abrazado la fe religiosa, agregando con cierto humor, que los hábitos estaban lejos de su temperamento combativo. De inmediato, me pidió disculpa a lo que respondí, ya ingresado en el terreno de las confidencias, que mi condición hoy atravesaba por una fuerte crisis de fe por lo que me hallaba bajo dispensa del Superior aunque, por motivos que ignoraba, mi viaje estaba vinculado con un llamado del Laterano... llamado que obviamente no podía desoír.

Luego de explicarle que por esa razón, y el hecho de tener mis tierras en un lugar bastante alejado protegido naturalmente de las incursiones bélicas, tenía sumo interés en conocer cuál era nuestra situación como imperio al menos, desde su enfoque como militar. El rostro de Basilio se ensombreció ante la pregunta, tomó un sorbo de su copa de vino y comenzó a narrar su visión de la realidad.

“Res ipsa loquitur”,²⁴ respondí con un gesto de cabeza y ambos militares asintieron con un gesto de sus cabezas. Lo avanzado de la hora puso fin a la agradable tertulia: en pocas horas más, debíamos emprender nuevamente viaje y quién sabe qué nos deparaba esa vieja vía romana antes de llegar a Roma.

Sin haber podido dormir siquiera unas pocas horas y con los ojos fijos en la cerrada y neblinosa noche que veía a través de la ventanilla del carruaje, solo interrumpida por el piafar de los animales, las voces intercambiando santos y señas de la tropa del campamento vecino y una que otra voz de la gente de mi escolta, pasé mi tiempo analizando las palabras del Moirarca. La historia

me había enseñado (a través de mi viejo maestro Theófilos con sus momentos de paciencia y sus momentos de impaciencia) el declive de nuestro poderoso imperio romano de Occidente mientras se consolidaba el imperio romano de Oriente. Y hoy, tal vez, luego de los conceptos vertidos por el Moirarca, estábamos asistiendo a momentos políticos extremadamente difíciles también para Constantinopla frente a la situación de las tribus eslavas en los Balcanes y los persas en Siria y Egipto, que no había sido posible revertir pese al triunfo de Heraclea sobre estos y la reconquista de Jerusalén. El Islan había llegado a las mismísimas puertas del Imperio Bizantino con el temible Califa Omar a la cabeza (ya en mi juventud había visto el miedo entre las gentes de la Mauritania con la llegada de las primeras tribus islamitas: la de los bárbaros bereberes, tal vez, como dijera el gran César: “*Alea iacta est.*”²⁵

Mientras los hombres de Stavros se abocaban a la tarea de enganchar los animales a la lanza del carruaje y colocar los arreos, aprovechamos la oportunidad para intercambiar ideas respecto al próximo tramo del viaje que nos aproximaría a las puertas de Roma, Stavros me informó que viajaríamos un tramo importante bajo la protección de la caballería clibanaria según le acababa de informar Basilio a quien se lo podía ver en las proximidades sumamente atareado impartiendo órdenes rodeado de sus subalternos. Invité a Stavros a compartir mi magro desayuno consistente en unas gachas, algo de queso y frutas secas que, en mi caso, regué con un generoso trago de passum.

Poco después, un toque de corneta seguido de algunas órdenes en voz alta, anunció la partida de la tropa en perfecto orden.

“Ad decimun”,²⁶ nos despedimos de Basilio quien nos informó que debía desandar prestamente el camino ya que los observadores de su avanzada recién llegados le informaron de focos rebeldes cerca del Fregellanun²⁷ nos dimos un fuerte apretón de manos e hicimos votos por el éxito militar de su carrera, ágilmente montó sobre su caballo, nos saludó con un gesto de su cabeza y acompañado de algunos subalternos, regresó al galope junto a sus valientes tracios²⁸.

Ya tenía ante mi vista parte de las colinas romanas, en ese instante, se acercó a mi carruaje Stavros para informarme que estábamos llegando a la

20. Es una salsa salada muy antigua, que está macerada y fermentada con los intestinos de diversos peces (atún por ejemplo).

21. Pan hecho con las gachas de harina de trigo y cereales con agua.

22. Es un vino dulce que se hacía hirviendo el zumo de la uva para espesarlo.

23. Eran oficiales bizantinos de altísimo rango que podían estar a cargo de unidades denominadas Scolas, Excubitores ó Numeris. Por ejemplo el dictador Niceforos Focas fue un doméstico de Scola y tal vez ese cargo lo catapultó al poder en su momento.

24. Expresión latina de uso habitualmente jurídico que significa “las cosas hablan por sí mismas”.

25. Expresión latina atribuida a Julio César previo a un importante combate que significa “la suerte está echada”.

26. Equivalente en el antiguo calendario romano de invierno al período que va desde las 14:13 hasta las 14:58 de la tarde.

27. Destino próximo a Roma por la Vía Latina.

28. Este grupo étnico era vecino de los Dacios (Rumanos), de los griegos, turcos y ucranianos. Presumen ser de origen indoeuropeo, fuertes guerreros y, entre sus tantas costumbres tribales, estaba la de rendir especiales honores a sus muertos en la batalla, como así también sus fuertes gritos durante éstas. El famoso guerrero Espartaco era Tracio.

REDENCIÓN

Mura Aureliane²⁹ le sugerí que al ingresar, deseaba detenerme un momento en la basílica de San Giovanni a lo que asintió con un gesto de su cabeza para rápidamente regresar y ponerse al frente de la columna.

Al descender del carruaje y encontrarme frente a la basílica de San Giovanni, sentí la emoción que siempre me acompañaba en tales circunstancias. En esta oportunidad, luego de tanta ausencia, mi corazón dio un vuelco cuando vino a mi memoria la imagen de Hippólita. Comencé a caminar en dirección sur, hacia la Puerta Latina donde se encontraba San Giovanni in Oleo y oré a San Juan Evangelista recordando el martirio al que fue sometido en tiempos de Domiciano.³⁰ Regresé sobre mis pasos y me enfrenté a la imponente Basílica de San Giovanni con su pórtico, columnas clásicas cada una con diferentes mármoles, el apoyo de cinco arcos, la puerta principal enmarcada con un simple mosaico de pórfido rojo y verde con una cita del profeta Elías que rezaba así:

“Omnes sitie intes venite ad aquas” (“Todos ustedes que están llegando a la sed de agua”)

En esta oportunidad, las palabras del profeta aumentaron mi sentimiento de desazón; aquel que arrastraba desde el momento en que había recibido el mensaje, cuando bendije a mi gente y me despedí de ellos: todo lo valioso que hasta ese momento guardaba celosamente mi corazón. Fui sacado de mi divagar por Stavros quien respetuosamente, me aconsejó cubrir el corto tramo que nos separaba del Palacio, asentí, miré hacia el Este y vi parte de las colinas de Roma; durante el tramo final, me entretuve contemplando a la distancia el campo Marzio y el trastévere, me pregunté si llegaría a satisfacer mi sed de agua ó solo serviría este viaje para despertar recuerdos dolorosos.

En ese momento, no tenía la respuesta.

29. Muralla Aureliana donde se encuentra la Porta Latina que da comienzo a la Vía Latina, recorrida por muchas millas romana por nuestro protagonista y sus acompañantes.

30. Se dice que en ese lugar el Evangelista fue torturado: metieron su cabeza en aceite hirviendo del que salió milagrosamente ileso. Luego fue deportado a la isla de Patmos. (N. de A.: la iglesia reconoce su construcción en tiempo posterior).